AVENTURAS DE UN COLOQUIANTE CASI MUDO *

JUEVES 2

Pido al taxista que espere unos minutos y subo a esperar a Onetti para ir juntos al aeropuerto. Lo encuentro en su departamento ultimando el amontonamiento de medio kilo de equipaje. Viajará con lo puesto, un traje oscuro, comprado según me dijo de entre la ropa en serie de alguna galería comercial; a sus sesenta y nueve años, Onetti puede permitirse el prescindir del sastre; aún conserva, no sólo en su carácter sino también en su figura alta y recta y delgada, un vago aire de entre remoto adolescente y progresista militar inglés, ya canoso, pero comprometido a no encorvarse ante el ejército de la edad y el hastío. Su equipaje se extravía en el interior de una bolsa de mano. Al ver mi maleta (no es grande, pero no es su desdeñosa y frugal bolsa) me mira con ironía: como preguntándome si, en vez de dirigirme a una reunión en Pau por unos días, huyo de mi trabajo y mi mujer para instalarme en Puerto Rico o en Nueva Zelanda. En el taxi, ya camino del aeropuerto, haciendo cábalas sobre quiénes asistiremos al *Coloquio*, le digo al maestro que o mi capacidad de olfatear lluvia ha decrecido desde que abandoné la llanura manchega para ser ciudadano en Madrid o no faltará el notable novelista geométrico monsieur Alain Robbe-Grillet. Onetti me contesta algo. Lo que opinara Onetti sobre tan denonado agrimensor (recuerdo haber sentido la necesidad de, al leer hace años *La celosía*, ayudarme de una cinta métrica, un bloc de apuntes y un goniómetro) no será consignado aquí: estas páginas quieren ser una crónica, en ningún caso un muestrario de delaciones. Facturamos los equipajes y nos vamos a la cafetería.

Onetti, que aún no ha desayunado, se alimenta con dos tazas de café solo y un sorbo del vino de mi vaso. Este querido viejo sabio no ignora que no le voy a consentir que tome trago durante este viaje, y lo comienza, en consecuencia, amenazando con beber. Onetti lleva sin beber casi medio año. Las varias toneladas de pastillas para dormir que ha tomado en su vida, los dos o tres océanos de diversas modalidades del alcohol —con preferencia vino y *whisky*— que ha mandado hacia y contra sus menudos durante más de medio siglo y los diversos millones de cigarrillos con que Onetti viene burlándose del código judicial de las bronquitis y de las leyes de los enfisemas,

* Crónica —únicamente aproximada— del *Colloque International sur le Roman Contemporain*, celebrado en Pau durante los días 3 al 5 de marzo de 1978.

vapulearon, sin embargo, a su hígado de un modo, para decirlo con cierta cortesía, completamente despiadado. Hace meses, el hígado le dio un aviso. Más bien, un ultimátum. Ayudado del doctor Pérez Fernández, uruguayo como él, y de un profundo, casi conmovedor, amor incondicional a la vida que sorprenderá únicamente a quienes le conocen mal, Onetti dejó de beber. En estos meses ha engordadc lo justo para sentirse bien, para recuperar el apetito, para ser descaradamente lo que fue siempre en forma clandestina: uno de los conversadores más compasivos y entrañables de que uno pueda disfrutar. Onetti el hosco, Onetti el estepario (¿pero los esteparios no son los hombres más afectivos de entre todos los solitarios?) no es sino una leyenda bien asentada en las capas reales pero iniciales de la estructura complejísima de su carácter. Cuando blasfema contra el cosmos, Onetti parece estar acusándolo porque éste no segrega la suficiente materia de perdón y de compasión. Ahora, por debajo de una sonrisa maliciosa, se manda un trago del vino tinto de mi vaso. Me doy cuenta inmediatamente de que con ese gesto acaba de ordenar las fichas sobre los cuadros del tablero y empezar la partida. Tengo que darle el jaque al mover la primera pieza, de otro modo no pasaría de ser un mero trasladador de los peones: con este jugador no se juega. Escucha, viejo sátrapa: desde que te conozco, jamás te vi tan fuerte, tan alegre ni inclusive tan guapo (no sé si esta última información es recibida en su sentido castellano o en su acepción porteña); sabes mejor que yo que eso se debe a que por fin te has puesto de novio con tu hígado. Respeto puntualmente todas las guerras civiles que se celebran en tu corazón. Pero tu hígado no es un ejército regular, sino un mero comando bastante desarmado, y no te voy a consentir que lo aniquiles con la artillería, los tanques y los bombarderos. En lo que dure este viaje, algún vaso de vino y chao: o perderás, al mismo tiempo, a un amigo, a un verdadero admirador y, si me apuras, a un discípulo. Este es mi testimonio y nada agregaré a él.

Vemos llegar a la cafetería a un recién afeitado Enrique Estrázulas con cara de resaca. Averiguamos que la noche anterior, menos orujo de Socuéllamos, ha bebido de todo: eso sí, bien rociado con vino, que es muy sano. Nos pregunta si sabemos quiénes más asistirán al *Coloquio* de Pau. Mientras le decimos que no, temo que se me vea en la cara el fantasma de Robbe-Grillet. Y en ello andamos cuando estamos a punto de perder nuestro vuelo a causa del mal funcionamiento de los altoparlantes o como quiera que se llamen esos ventrílocuos estereofónicos y espías. Sin embargo, pese a esa deficiencia, y como burla a mi inteligentísimo terror a viajar por todo lo alto (Estrázulas y Onetti me responden malvadamente que a ellos volar no

les da miedo, y los miro con una gran misericordia, como si fueran niños), poco después aterrizamos junto a San Sebastián. Ya nos está aguardando allí Gabriel Saad. Sólo lo conocía por carta. Ha sufrido recientemente dos intervenciones quirúrgicas y nos alegra de todo corazón verlo, abrazarlo muy fuerte. Habla con lentitud y dulzura montevideanas y por su cara asoma el rostro de su padre libanés. Con la alegría de ver sano a Saad, alegre a Onetti y a Estrázulas recuperado de su reciente y procelosa pítima, pienso: tres exiliados uruguayos; tres entre muchos miles; Europa tiene la obligación de tratarlos con hospitalidad. Gabriel, hospitalario, nos llevará a almorzar a un restaurante de San Sebastián, en donde me como una sopa de pescado enteramente digna del paladar del único ex agente de la CIA a quien yo invitaría a almorzar: Pepe Carvalho. Un par de horas más tarde habremos llegado a la «Cité royale» llamada Pau, capital de la Béarn. Por el camino, Gabriel Saad, el organizador de este *Coloquio* (y tendremos múltiples ocasiones de comprobar que su organización no habrá sido sólo eficiente, sino también enriquecida por su discreta pero constante camaradería; un ejemplo: para ahorrarnos unas supuestas molestias de los viajes en el ferrocarril, Saad nos ha recogido con su automóvil en el aeropuerto de Fuenterrabía, y allí nos volverá a llevar al finalizar el *Coloquio)*, nos invita a admirar las casas más hermosas que nos ofrece el recorrido, la privilegiada tierra del país vascofrancés, mientras Estrázulas dormita y Onetti, tieso, gruñe de tanto en tanto una especie de aprobación.

En el hotel Continental, donde tenemos reservadas habitaciones, saludamos a varios franceses que participarán en el *Coloquio,* Robbe-Grillet entre ellos. La imagen física del novelista minucioso me sorprende, me agrada. Esperaba encontrar una mezcla de funcionario del Ministerio de Agricultura (Sección Cartográfica) y de notario, con unas gotas de abogado de la acusación que tuviera todas las pruebas para condenar a la acusada (la novela anterior a Robbe-Grillet), y sin embargo quien estrecha mi mano es un hombre de gesto abierto, dueño de una figura un poco parecida a la de Rasputín —a condición, naturlamente, de que Rasputín hubiera sido menos voluminoso y de ningún modo temible.— Robbe-Grillet saluda con afecto a estos indecorosos castellanoparlantes (ninguno de los cuales habla francés), y en vista de la inutilidad de iniciar una charla (pues él, a cambio, tampoco sabe castellano), se derrama, más que se sienta, en una buena parte del cómodo tresillo del *hall.* Robbe-Grillet, en suma, goza de buena pinta humana. No se debe juzgar a nadie con precipitación. Está muy feo. Y en eso voy reflexionando mientras subimos cada cual a nuestra habitación para dejar pasar un rato antes de salir a cenar. No sé cómo

será la habitación de Onetti (la mía es espléndida, excesiva: va a ser inexorable aquí notar que duermo solo); creo que le ha sido reservada la mejor *suitte* del establecimiento; alguien ha deslizado por la administración del hotel la noticia de que Onetti es un futuro premio Nobel; en todo caso, advertimos que se nos trata con exquisita cortesía.

Lo dije: mi habitación es muy hermosa, demasiado hermosa para un soltero súbito. Extraigo música de un receptor de radio tras renunciar a deducir imágenes de un aparato de televisión. Sobre la mesa encuentro una bolsa de papel que contiene publicidad de Pau. Folletos redactados en enigmáticas oficinas de turismo. En uno de ellos Lamartine asegura que Pau «est la plus belle vue de terre, comme Naples est la plus belle vue de mer». Como decía mi maestro (cuando yo escribo «mi maestro» y no agrego ningún nombre en particular, debe entenderse que evoco a don Antonio), como decía Machado, «A las palabras de amor / les sienta bien su poquito / de exageración». Al día siguiente comprobaré que Pau es ciertamente hermosa. Para el argentino Bioyges (así le han puesto de nombre los perversos, no yo) Pau es, con Grenoble, una de las dos ciudades más hermosas de Francia. Bioy viene con frecuencia a Pau; se hospeda siempre, precisamente, en el hotel Continental. Este hotel aparece en un relato suyo de infortunado título («Todas las mujeres son iguales», o algo muy parecido), en donde un triste muestra su amor por una Margarita. Encuentro dentro de la bolsa estratégicamente colocada en lugar bien visible, además de elogios a Pau reforzados con fotos en color y un mapa del casco urbano de la ciudad, publicidad de los vinos de la región, relación de lugares dignos de ser visitados en estas tierras fértiles, una lista de los museos y monumentos de la capital de Béarn, una enumeración de sus parques y sus jardines, y la relación de los *servicios públicos más necesarios —que no omite la mención del* nombre y dirección de los cinematógrafos, casinos y *night-clubs.* Si supiera francés, en alguna de las sesiones del *Coloquio* tal vez me esperarían en vano: pero mi incultura me ayudará a no ser un irresponsable. Dicho y hecho: heme aquí ya leyendo la relación de los temas da las ponencias. Debo ahora repetir que la organización de Saad —articulada con la ayuda del profesor Gadeau— ha sido extremadamente inteligente: el programa no podrá ser extenuante (nueve intervenciones previstas y repartidas en cuatro sesiones) y será, sin embargo, tentacular y representativo: se hablará sobre la actual narrativa afroamericana, sobre la estructura narrativa en obras de Marguerite Duras, André Pieyre de Mandiargues, Juan Carlos Onetti y Augusto Roa Bastos; sobre el placer del lector de novelas; sobre la moderna

narrativa fantástica italiana; sobre la soledad de la novela y la soledad del novelista; sobre orden y desorden en el relato; sobre la mujer y la situación revolucionaria en la novela contemporánea, y sobre los fenómenos de dependencia, resistencia y autonomía en la novela latinoamericana, y habrá una intervención de De Mandiargues cuyo misterioso título («Narrateur?») contiene promesa y sorpresa. Nada, pues, de la siempre presumible monotonía de los congresos monográficos y nada tampoco del puntual aburrimiento de esas reuniones espectaculares en las que la proliferación de ponencias acaba, soñolientamente, por instalar la dictadura de un zumbido de moscardón. Este *Coloquio* promete ser vario, vivo y breve. Lo breve, si breve, dos veces breve —dice la paremiología, con muy poco que se le ayude.

Los invitados, además de los profesores y estudiantes de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de Pau, sumamos (y asistiremos casi todos) hasta veintidós novelistas, exiliados, profesores, poetas y otros forajidos. No sólo la cortesía: también un cierto deber informativo me invita a enumerarlos. El programa menciona al escritor *Jacques Almira,* premio Médicis hace dos años y muy cercano a las tesis de Roland Barthes; *Jean Andreu,* profesor de la Universidad de Toulouse; *Jacqueline Baldrán,* profesora en la Universidad de París III; *Rubén Bareiro,* el bondadoso amigo paraguayo a quien hace algún tiempo la policía de Stroesner arrebató de una clínica de Asunción, en pleno proceso posoperatorio, para llevárselo a la cárcel —y hoy profesor de lengua guaraní en La Sorbona—; *Olver de Leon,* profesor en París; *Enrique Estrázulas,* poeta y narrador uruguayo (acaba de aparecer en Sedmay un libro suyo sobre el cantor Alfredo Zitarrosa; lleva con él un ejemplar recién salido de las planchas); *Michel Fabre,* tal vez el máximo especialista francés en literatura afroamericana, que ha sido profesor en USA y lo es hoy en La Sorbona, autor de varios libros (algunos publicados en Estados Unidos) y traductor al francés de abundantes autores norteamericanos; *Mario Goloboff,* poeta, novelista y crítico argentino (hace ocho años que no lo veo, desde que pasó por Madrid; será alegre abrazarlo; triste también: en estos años su patria se nos ha llenado de sangre); *Jacques Leenhardt,* quien goza de la fama de ser el sucesor de Lucien Goldman en los métodos de estudio de la literatura; *Fernando Moreno,* profesor en Poitiers; *Juan Carlos Onetti* (los estudiantes franceses que acudan al *Coloquio* pueden ya conocer *El astillero,* traducido por Laure-Guille Bataillon, y *La vida breve,* en traducción de Alice Gascar); *Xavier Orville,* novelista martiniqués; *Nicasio Perere,* profesor en la Universidad de Nantes; *André Pieyre de Mandiargues,* curiosa e interesante per-

sonalidad literaria francesa; entre lo mucho que de él puede ser dicho, anotaré que obtuvo el premio de la Crítica en 1951 y el Goncourt en 1966 por una novela *(El margen)* que en castellano ha publicado la Editorial Mortiz; escritor vinculado al surrealismo, difusor puntual en Francia de la pintura y la literatura mexicanas, autor de diversos estudios sobre nuestro pintor Miró (el cual ha ilustrado a su vez algunos volúmenes de De Mandiargues); hace ya años, la Editorial Seix Barral tradujo al castellano la novela de Pieyre de Mandiargues *La motocicleta* (creo que hoy llevada al cine), una historia de sexo sadomasoquista en la que lo más sobresaliente no era, tal vez, la muerte, el adulterio, la motocicleta, la carretera y la exageración, sino quizá el estilo y una como disposición a considerar que «el sexo es una tumba abierta», opinión altamente bataillana que el cronista celebra no compartir ni en todo ni en parte, aunque, como se dice, allá cada cual con sus teorías y con sus gustos y a quien Dios se la dé San Pedro se la bendiga, que en cuestiones de ingle el catálogo es muy cuantioso y esta bién que lo sea, y al que le pique que se rasque, Sancho.

Más invitados: *Augusto Roa Bastos,* el gran narrador uruguayo hoy residente en Francia y del cual el lector francés dispone de dos libros traducidos, entre ellos *Yo el supremo,* la más compleja y densa —y sobrecogedora— de cuantas novelas han sido escritas en Hispanoamérica sobre el tema del dictador. *Alain Robbe-Grillet,* sobre cuya imagen literaria sería retórico insistir, ya que tanto la reciente historia literaria francesa como los mecanismos de la publicidad que la industria literaria gala maneja con pericia asombrosa han proporcionado opiniones para dar y tomar y hasta para poner en duda; fenómeno cultural, en fin, y, por así decir, insolente donde los haya (esto es un elogio), asombroso donde los haya (esto es a medias un elogio y a medias una bárbara interrogación) y, para muchos lectores iconoclastas (entre los que, sería inútil negarlo, se encuentra este cronista), persistentemente aburrido. *Alain Sicard,* director del Centro de Investigaciones Latinoamericanas de la Universidad de Poitiers; Sicard es el organizador de anuales seminarios de estudios sobre autores de la América de habla castellana; hasta ahora ha llevado a buen término cuatro seminarios sobre, respectivamente, César Vallejo, Augusto Roa Bastos, Pablo Neruda y Felisberto Hernández, y ahora prepara un nuevo encuentro de trabajo sobre Robert Arlt. *Saúl Yurkiévich,* poeta y crítico argentino y profesor en París VIII (será bueno encontrarlo de nuevo; la última vez que nos vimos, en Madrid, estuvimos a punto de morirnos de frío en una esquina, en medio de una niebla de invierno, mientras esperábamos un taxi que nos había madrugado Julio Cortázar

en castigo por nuestra cortesía: que no, ocupalo vos); de Yurkiévich se ha editado con éxito un libro de crítica de poesía en Barral Editores, y estos días aparece un nuevo libro suyo en Taurus Ediciones. *Sandro Zanotto,* profesor de literatura en Padua y, según muchos de sus lectores, uno de los novelistas italianos más interesantes de los últimos años. Y finalmente, el uruguayo organizador de este *Coloquio* y profesor en Pau, *Gabriel Saad,* y un guitarrista frustrado, autor de cosas, nacido en Mérida y recriado en La Mancha, y que se llama como yo y es yo mismo. Estaba también invitado y no pudo asistir el novelista francés Jean-Marie G. Le-Clézio, ausencia que es de lamentar; hay tres novelas de este sombrío, aterrado, rebelde y notable novelista traducidas al castellano (Seix Barral y Barral Editores) y su lectura sugiere que se trata del valor narrativo más sólido con que hoy cuenta la joven novelística francesa.

Como se ve, todo está preparado con acierto para que este *Coloquio* cumpla los objetivos que su organizador se propusiera: la confrontación de algunas investigaciones literarias, efectuadas por críticos y universitarios, con el testimonio directo de varios creadores diversamente representativos; la creación de un ambiente de estudio y discusión en el que se entremezclen los análisis de tipo panorámico, algunas investigaciones más elaboradas o localizadas, la presencia personal de varios narradores que en el mismo *Coloquio* podrán agradecer o puntualizar las opiniones que sus obras susciten, y el cuestionamiento, si procede, de todos estos trabajos y opiniones llamémosles profesionales, a través de la intervención de los estudiantes de la Universidad de Pau. Precisamente, una de las ponencias será propuesta y defendida por una alumna de la Facultad de Letras, la señorita *Anne-Marie Paquotte.*

Y bien: abandono todos estos papeles y bajo al *hall* del hotel a reunirme con Saad, Onetti, Estrázulas y un buen número de franceses: nos vamos a cenar. En la mesa del restaurante, la profesora Jacqueline Baldran tiene la gentileza de aniquilar el vago sentimiento de culpa que proviene de mi desconocimiento del idioma francés: habla conmigo en un correctísimo castellano. Después de comer de acuerdo con el rito del país galo (variedad, excelencia, abundancia), salimos a la noche y, unos en automóvil, otros en el coche de San Fernando —unos ratos a pie y otros andando—, nos encaminamos cada mochuelo a su olivo. Leo las páginas de una a la vez triste y divertida novela de Manolo Vázquez Montalbán hasta que el sueño me aconseja apagar la luz. Repito que este lecho es desmesurado para un solo cuerpo. En venganza, duermo atravesado, en diagonal, con un apacible rencor.

VIERNES 3

Tras un paseo por algunas zonas de la ciudad cercanas al hotel (sí: Pau es hermosa, los folletos de turismo exageran, pero no mienten) me reúno con Saad, Onetti, Estrázulas, para almorzar juntos. Onetti, sonriente, perverso, pretende que él y yo brindemos por lo que sea, pero con agua mineral sin gas: quiere hacerme pagar mi cuidado por su hígado condenándome a la abstinencia, aunque sólo consigue que yo beba casi a escondidas; cuando acabo de dar un sorbo al vino advierto que Onetti me mira con cejijunta, horrenda, irónica severidad. A las tres en punto estamos en la Facultad de Letras. Minutos después, Michel Fabre comienza a dar lectura a su texto sobre la producción narrativa afroamericana durante la más reciente etapa. Según Fabre, esta narrativa se caracteriza por un cierto abandono de los temas miserabilistas, temas habituales hasta, más o menos, el año sesenta. El novelista ya no maneja preponderantemente la imagen del negro bondadoso y marginado y ya no elabora una literatura meramente descriptiva y comprometida. Hoy la literatura afroamericana (Fabre destacará la producción de Ismael Reed) se beneficia de un notable despliegue de inventiva en la cual no es la menor de las aportaciones la de la incorporación de personajes inverosímiles o grotescos, a menudo con ciertas concomitancias con los protagonistas de los *comics,* si bien los autores no omiten establecer ciertas relaciones entre esta fauna de personajes y una atmósfera de contenido o de significado social. Los nuevos narradores incorporan también en sus obras la revivificación de antiguos mitos africanos, aunque no con afán de reivindicación de las religiones antiguas de las ya remotas culturas del continente negro, sino como elemento de expresión y aun de experimentación literarias. Mientras un alma caritativa contribuye, con su ayuda en forma de traducción, a que yo vaya reuniendo las líneas maestras de la ponencia de Fabre, reprimo mi deseo de dialogar con el autor sobre las relaciones entre estos desplazamientos literarios y la cordillera de tensiones, innovaciones, ironías, violencias y, en suma, renovaciones del lenguaje de *jazz* en los últimos lustros. Tal vez el camino seguido —y, en parte, abierto— por el *free jazz* desde, aproximadamente, John Contrane hasta nuestros días, y las innovaciones que Fabre señala en la narrativa afroamericana actual, posean orígenes o ambiciones comunes, semejanzas que no sería ocioso comentar. Pero, amigo Félix Grande, querido mío, fastídiate, no sabes francés, cierra la boca, siéntete inútil, miserable, te quiero.

Tras una discusión cuya brevedad más obedece al general asentimiento que a ningún tipo de desinterés por lo escuchado, Saad tra-

duce del italiano la ponencia de Sandro Zanotto. En el intervalo entre uno y otro tema hemos salido fuera del aula a fumar un cigarrillo en pie. Unas jóvenes estudiantes, viendo cercano al profesor Tuñón de Lara, me dicen que, a su parecer, es un hombre muy atractivo. Como Tuñón ya anda por los sesenta años y una opinión de ese tipo no puede ni debe molestarle (para ser preciso: una opinión de ese tipo no molesta jamás), llamo a Tuñón, nos saludamos, le transmito los saludos de José Antonio Maravall y, sin otra demora, le digo a bocajarro: «Tuñón: usted gusta a estas jóvenes. Me acaban de decir que no sólo es usted un buen profesor, sino también un hombre atractivo.» Charlamos durante unos minutos con esas jóvenes, aproximadamente adorables, y luego regresamos al aula. Ahora, Saad traduce al francés, directamente, la ponencia de Zanotto, que no pudo asistir. En ese texto se nos informa sobre las aventuras de la literatura fantástica italiana desde la caída del fascismo hasta nuestros días. Zanotto indica que este género narrativo, este género de expresión y de interpretación de la realidad, estuvo, salvo ocasionales entregas de Buzatti o Moravia, marginado en Italia durante los años que siguieron a la liberación. En parte, por una cierta europeización de la literatura italiana y, en parte, porque, tras la guerra, el neorrealismo como modo expresivo y la militancia política de buena parte de los escritores excluían este tipo de aventuras de la creación literaria. Señala la importancia de algunas revistas que intentaron abrir grietas en el compacto neorrealismo (en particular, una de ellas, *El Cafe),* pero que fueron, inexorablemente, sucumbiendo ante la fuerza, en cierto modo inmovilizadora, de la escuela predominante entonces. Sólo ahora, en los años recientes, la literatura fantástica italiana alcanza afecto entre los públicos, los editores, las publicaciones, los críticos. Las obras de Agusto Frassinetti, Antonio Delfine, Cino Bocazzi y, sobre todo, Italo Calvino están articulando un *corpus* narrativo lleno de inventiva y de fuerza. (Las obras de Calvino han sido traducidas al castellano por Alianza Editorial, publicadas en espléndidas ediciones y celebradas por la crítica. Mi amigo José María Guelbenzu no desaprovecha ocasión de recomendarlas. También yo la recomiendo desde aquí, aunque no sólo la parte fantástica del trabajo de Calvino, sino también ese excelente volumen de relatos que se llama *La especulación inmobiliaria,* en donde el viejo, no siempre bien tratado realismo, alcanza una espesura, una ternura, una tristeza y una humanidad pocas veces superadas en las literaturas europeas de posguerra.)

Ha acabado esta primera sesión del *Coloquio.* Sin saber cómo, me encuentro en una cafetería de estudiantes, en grupo con siete u ocho

jóvenes, todos franceses, menos el amigo Hugo, hispanoamericano, a quien conocí hace años, cuando comenzaba el éxodo de los uruguayos y llegaron a Madrid Alvaro, Fernando y Guido Castillo rodeados de sus mujeres y sus hijos. Ahora, años después, Hugo nos ayuda equidistantemente a mí y a los franceses (las francesas, pues son mayoría, y ahí me las den todas), ejerciendo de traductor paciente y fraternal. Hacemos planes para irnos todos a cenar juntos: Hugo, con una joven que aún no llegó, y nosotros revueltos. Para ello, yo habré de renunciar a una cena de los invitados al *Coloquio,* así como a ejercer una siempre recomendable cortesía. Como sé que quienes me quieren juntamente me entienden, y si no que corra de su gasto, acepto la invitación de estas muchachas y mando al diablo un festín en el restaurante O'Gascon, en el número 13 de la rue du Château. Sé que a la mañana siguiente, apenas me vea, Onetti me amenazará con enumerarle a Paquita todos los pasos de mi itinerario paralelo (¿o debo decir divergente?): decididamente, Onetti no me perdona el haber tomado —él— la resolución de convivir con su hígado. Su amor a la vida: eso es lo que no me perdona. (En efecto: al día siguiente me amenazará con toda suerte de rayos, tempestades y delaciones, pero con la misma cariñosa voz que si me estuviera diciendo: «Ché, varón; no le vas a enseñar a tu padre a hacer hijos.»)

De modo sistemático, azaroso y casi inverosímil, todo el mundo va desertando, cada cual absorbido por su destino, y me quedo solo con cuatro jóvenes muchachas, que me llevan a una pizzería, donde comemos, bebemos y —ay, milagro— hablamos sin parar. Con las suficientes palabras de castellano que ellas conocen y las insuficientes voces francesas que yo me atrevo descaradamente a pronunciar —mal—, hablamos durante horas nada menos que de la vida. De algún modo enigmático, conseguimos dialogar sobre cuestiones que no aparecen habitualmente en los titulares de los diarios. Compruebo una vez más que el sentido más hondo del lenguaje está en su música, y que la música se entiende casi siempre, camina casi siempre, a poca ayuda lógica que le sirva de carburante. Y, en fin, tras planear por y hasta quizá profundizar en varios temas, sospecho que debo mostrarme «español», siquiera durante un instante, y como no tengo a mano una guitarra ni un traje de luces ni una edición de los textos del Pacto de la Moncloa, tomo la mano de Marie-Dominique y le digo la buenaventura. Le prescribo ciertos deberes, desgrano algunas recomendaciones —no ignoro que ello es poco ortodoxo— y le auguro todo tipo de venturas: la fortuna, el azar, el destino, el futuro, la felicidad, todo, todo es cómplice suyo. Para que esta lluvia

Juan Carlos Onetti

Alain Robbe-Grillet, André Pieyre de Mandiargues y Jacques Leenhardt

Michel Fábre, F. G., Rubén Bareiro, Jean Andreu, Jacqueline Baldrán y Anne-Marie Paquotte

de invenciones sea más verosímil, la amenazo con un accidente (de carretera), allá por los cuarenta, pero sin consecuencias lóbregas. Cuando la madrugada invita a los dueños de la pizzería a sugerirnos con amabilidad terminante, casi proterva, que debemos abandonar el local, mis cuatro esquinas (Marie-Do, Maïtena, Beya y Martine) me acompañan hasta la puerta de mi hotel.

SABADO 4

A Estrázulas y a mí nos llevan en un auto a la Universidad. (Onetti no viene. Viernes, tarde: Onetti dice estar cansado; se queda en el hotel con un kilo de policiales en francés. Sábado, mañana: Onetti no saldrá de su cuarto hasta que, al mediodía, Saad le busque para almorzar. Sábado, tarde: la intervención de Onetti en el *Coloquio* está anunciada con el título «La soledad de la novela y el novelista». ¿Hablará Onetti? Este hombre de genio, extraordinariamente tímido, que dio su primera conferencia pasados los sesenta años de su edad, y eso tras una epopeya de negativas, chantajes, dilaciones, ¿hablará realmente esta tarde? Para averiguarlo, lean el próximo, apasionante, estremecedor episodio.) Voy alegre. Anoche habrán llegado Yurkiévich, Bareiro, Goloboff (llegan con un día de retraso porque vienen de otro congreso, éste celebrado en Toulouse y dedicado a temas latinoamericanos, donde han intervenido Cortázar y Roa Bastos; es hermoso ver cómo los medios culturales franceses se ocupan de las actividad de nuestro idioma y es hermoso también comprobar cómo no todo esto sucede exclusivamente en París, cómo la descentralización cultural obtiene buenos resultados); anoche habrán llegado estos amigos. No los he visto aún y ya me siento más acompañado; no sólo la amistad: sencillamente su recuerdo y su inminencia son vitalizadores. Cosa que me resulta doblemente oportuna, después de haber dormido la mitad de lo que mi cuerpo, a su manera, dice necesitar.

Cuando me acomodo en uno cualquiera de los asientos libres del aula, Jacques Almira (su tema: «Contre une littérature de recherche. Pour la recherche d'une littérature de plaisir») está desarrollando una defensa del placer de leer. Nos recuerda, sin enojo, pero también sin abuso de compasión, cómo durante un tiempo obtuvo demasiado aprecio el aspecto meramente experimentalista de la obra literaria; nos recuerda que esto se consideraba como síntoma de calidad en un relato, cómo en ciertos círculos la obra literaria era valorada y aplaudida de acuerdo con su progresivo alejamiento de los públicos

que no gozasen de progresiva especialización. Almira, sin por ello reivindicar la producción de una literatura populista, sostiene que es necesario, en nombre precisamente del placer de leer, abandonar siquiera en parte el afán excesivamente experimentalista en la novela, en el relato, recuperar la resonancia sensual del «Erase una vez...», desconfiar, en fin, de que el bostezo que suele provocar el experimentalismo *per se* sea realmente decisivo en la historia de la literatura. Estaba visto que una protesta tan, por así decirlo, revolucionaria (y, por así decirlo, reconfortante) había de poner un alacrán en el culo de Robbe-Grillet y de su gran admirador Jacques Leenhardt, los cuales casi monopolizan la discusión posterior a la exposición de Almira. La discusión es dilativa y viva; Robbe-Grillet y Leenhardt sostienen la utilidad y aun la necesidad de la experimentación profunda, en lo cual, si no he entendido mal, todos estamos más o menos de acuerdo, pero sin confundir la experimentación con el aburrimiento (en mi pueblo, los campesinos lo expresaban mejor: «Amigos, pero el borrico en la linde.»); un barbudo en quien no alcanzo a reconocer a Mario Goloboff señala que las palabras son la fundamental realidad de la obra, lo que le vale una mirada cosmogónicamente aprobatoria de Robbe-Grillet, y etc., etc. (Anoto, entre paréntesis, que a lo largo de este *Coloquio* y, en general, a lo largo de los últimos años, la jerga crítica usa hasta el abuso de las palabras «escritura», «texto» y «discurso»; ya sé que representan a tres momentos más o menos diferenciados de esa actividad —emocionante, creo, lo cual viene a decir *emocional*— que antes llamábamos la creación literaria; ya sé que son precisamente los franceses quienes con mayor propiedad utilizan esos vocablos, si es que no son quienes los han puesto en rodaje; y ya sé que esas voces suplen, con buen gusto y quizá sin notoria pérdida expresiva, a los vocablos que antes nos servían para entendernos todos: literatura, escrito, página, frase, redacción, relato, etc.; vocablos quizá no tan precisos, pero que sugerían la participación del escritor, su presencia más o menos cálida, en la operación de producir obras de arte —o dicho todavía con más incertidumbre: en la actividad de comunicar concepciones del mundo. En fin, tal vez sea injusto o parvulario por mi parte, pero el hecho es que la frecuencia con que hoy resuenan la palabra «escritura», la palabra «discurso», en los debates sobre literatura y en las columnas de las publicaciones especializadas, me resulta un poquito estomagante: no se trata ya únicamente de que, muy a menudo, al oír nombrar *discurso* al relato o al modo de expresar, me suelo preguntar qué palabra servirá ya para definir al discurso propiamente dicho, a la pieza oratoria que antes llamábamos dis-

curso, sino de que muy frecuentemente estas voces parecen pronunciadas o escritas *contra* el lector llamémosle común, como ignorando o desdeñando el hecho de que en literatura existe algo más que la jerga crítica. Una jerga crítica no ya especializada —inevitable es que lo sea—, sino algo parecido a esteticista, algo así como medio elitista o elitista del todo, y que está amontonando barreras de incomunicación entre la actividad crítica y los lectores a quienes, con diabólico atrevimiento, he llamado comunes —de igual modo que la producción de una literatura superexperimentalista no parece buscar en el lector otra cosa que su gesto de volverse de espaldas, creo que en legítima defensa. Pero este asunto, bien se ve, no es tema para ser agregado de manera casual en esta crónica, sino asunto de texto aparte, de alargada y enjundiosa escritura, de más fino discurso. Cierro, pues, el paréntesis, con la remota esperanza de que los popes del estructuralismo no vengan a meterme preso y a grabarme a fuego las palabras *Tel-Quel* sobre mis magros lomos.)

Y me encuentro de pronto en el restaurante O'Gascon, abrazando a Yurkiévich, a Bareiro, reconociendo al fin en el barbudo de hace un rato nada menos que al amigo Mario Goloboff, y a su mujer en una argentina muy linda, hablando con ellos y con otros hispanoamericanos no diría yo a gritos, pero sí de manera una miaja ensordecedora. Una cosa que obviamente nos distingue de los escritores franceses es que hacemos más ruido. Que el lector no tome esta tan simple indicación como una metáfora. Creo que lo que esto prueba es que estamos más escasamente educados. Pero de ello no me siento culpable, mientras trato de recibir en buena onda los gritos de un amigo del otro lado de la mesa o de mesa distinta, o mientras voceo algo a un amigo a quien el vocerío convierte ya en lejano. Y así, pian pianito pero *in crescendo,* intercambiamos información, noticias, anécdotas, opiniones. La constante más testaruda de esas charlas: las dictaduras iberoamericanas. A quién más, a quién menos, en estos años le han asesinado unos cuantos amigos o algunos conocidos. Nos contamos qué hacemos, qué escribimos, qué libros hemos publicado, a quién han detenido, quién desapareció, y nos vamos pasando las botellas, mientras de vez en cuando el avieso Onetti me mira levantando su copa abarrotada de agua mineral y sonriéndome, con lo cual me siento feliz: es verdaderamente espléndido contar con el cariño de un maestro endemoniadamente abstemio.

¿Hablará el maestro Onetti esta tarde? Camuflado entre el público que ahora rebosa el aula, Onetti escuchará acorazado en su impenetrable silencio las intervenciones sucesivas y consiguientes discu-

siones. En un descanso del *Coloquio,* una joven francesa, tímidamente, afectuosamente, se acerca a Onetti a preguntarle si hablará esta tarde; cuando Onetti le responde que no, la dulce ingenua inquiere si es que se encuentra desanimado o fatigado; Onetti, con su mirada tierna y su voz de coraza, le replica: «Mire, joven: hace setenta años que me encuentro desanimado y fatigado.» A todo esto, ya ha leído su ponencia Gabriel Saad. En ella estudia con minuciosa penetración algunos aspectos de los diversos pero también concomitantes sistemas técnicos en que se apoya el tejido narrativo de *La vida breve, Moderato cantábile, La marge* y *Yo el supremo.* Desentraña la astucia narrativa de Marguerite Duras, la secreta eficacia de una letra (la letra *efe)* en la novela de Pieyre de Mandiargues y, en fin, repasa la importancia de lo que los pintores llaman *cocina* en el proceso de elaboración de las cuatro novelas estudiadas. La discusión posterior es viva y en ocasiones algo tensa, sin perder su cordialidad. A estas alturas ya sé que Onetti no va a hablar. Milagro que haya sido capaz de asistir al análisis que de una de sus obras ha efectuado Saad. Onetti, probablemente, siente que haber permanecido ahí, entre tanta gente, mientras hablaban de él y discutían sobre sus libros, es una especie de exhibicionismo, es una falta de pudor: quizás únicamente la vergüenza le ha impedido correr abochornado y desaparecer saltando por entre los asientos, los estudiantes, los paraguas. Pero ya no hablará. Lo sé. Hay demasiada gente. Hay el doble de asistentes que en las sesiones anteriores. ¿Porque es sábado? ¿Porque hoy intervendrá Robbe-Grillet? ¿Por puro capricho del azar? ¿Porque ahora habla André Pieyre de Mandiargues? El erguido y aristocrático escritor ha tomado la palabra (no trae el dictado de los folios, ni siquiera el apoyo de unas fichas) y, con buen humor, habla de la universalidad del relato, lo defiende como si más que un género literario fuese una especie viva entre animal o cosa, un componente de la remota, presente e inacabable sustancia de la antropología, y también un derecho. Evoca la Biblia y asegura que siempre habrá relatos, que jamás desaparecerán los narradores; que, en suma, el hombre es narrador.

A Pieyre de Mandiargues sucede Robbe-Grillet en el uso de la palabra. Tampoco éste va a apoyarse en notas, también él improvisa. O al menos improvisa la expresión, o el texto, o el discurso, de cuanto había premeditado. Habla con soltura gestual, con fluidez; sabe comunicarse. ¿Y qué viene a decir, aproximadamente? Ya anoté más atrás que la imagen física de Robbe-Grillet es simpática, que es un hombre de buen talante. Debo agregar ahora que el Robbe-Grillet escritor no ha dejado de ser presuntuoso. Entiéndanme, por

favor: no tengo absolutamente nada contra este ingeniero francés; el hecho de que hace años me aburriera con sus novelas no ha dejado en mí secuela alguna; no le guardo rencor. Por el contrario, repito que me cae bien su desenvoltura, su manera de no guardar las formas al sentarse —al derramarse— en los asientos, su dominio de la situación, y hasta la inteligencia y la vehemencia socarronas con que defiende sus teorías. Lo que no puedo compartir son sus teorías, y nadie será tan desmesurado como para condenarme simplemente por disentir, ya que habíamos quedado en que somos demócratas. En síntesis, Robbe-Grillet dedicará su charla amena y sus amenas y a veces brillantes intervenciones ulteriores a autoproclamarse modestamente hombre de genio. Desarrolla la idea de que toda transformación artística provoca un rechazo inmediato por parte de los públicos de la época. Tras la precisión de un asistente, en el sentido de que ahora apenas se lo lee, Robbe-Grillet —que ya debe de haber respondido más de una vez a tan lógica grosería— dice que su propósito es el de incomodar al lector medio, que no teme aburrir; que, por el contrario, el aburrir es uno de sus propósitos como escritor. Nada que contestar, excepto felicitarlo por la cuantía con que a veces alcanza sus propósitos. Añade que pretende inventar a su propio público. Como no hablo francés, no puedo precisarle que eso supone cierto afán genocida, y que no sé si conseguirá abolir a cuantos en el mundo leen, y ello para crear en seguida y como de la nada, a manera de Dios, un público lector distinto. Para ilustrar lo que él supone una constante (el rechazo de todo renovador por parte de sus contemporáneos), Robbe-Grillet recurre a la mención de Bach, Beethoven, Wagner, Balzac (tengo para mí que Balzac no debe de entusiasmar a Robbe-Grillet, aunque acepto que puedo estar mal informado). Sí; nos recuerda que Beethoven no fue en su tiempo comprendido. Aparte de que no estoy enteramente de acuerdo con ese diagnóstico, siento un escalofrío al pensar que en el siglo XXI Robbe-Grillet puede ser considerado como un Beethoven de la literatura de la época actual, y que nosotros, miserables, habremos cruzado a su lado sin consentirnos la adoración debida al genio, al renovador, al gigante. ¿Cómo es posible estar tan ciegos? En definitiva, viene a resumir Robbe-Grillet, para él lo importante es no satisfacer la expectativa del lector: se podría agregar que en esto triunfa casi siempre y con cierta rotundidad. El debate, esto era presumible, resultará agitado, vivo, en ocasiones divertido, lleno de precisiones y contraprecisiones. Leenhardt dirá que la charla de Robbe-Grillet le ha dejado sin voz, completamente deslumbrado. Goloboff apostilla que hay autores permanentemente subversivos, perpetuamente sorprenden-

tes. Robbe-Grillet, en fin, reivindica su voluntad de no ser leído. Quiero precisar que de ningún modo esta postura recuerda, en el caso de Robbe-Grillet, a la fábula de la zorra y las uvas. Cuando el autor francés razona esta propuesta, es, sin duda, sincero, y en ningún momento da la impresión de un hombre a quien incomoden las precisiones más o menos afortunadas ni más o menos agresivas. El saber que sus libros aburren no lo convierte en rencoroso, y hasta la misma estructura de sus teorías sobre la soledad, el rechazo, la experimentación, resulta, si no convincente, por lo menos expuesta con suficiente fuerza de gravedad. Simple y sencillamente, Alain Robbe-Grillet escribe, a conciencia, para aburrir. Su posición puede parecernos devenida de otra galaxia, o absurda, atrabiliaria, pintoresca, todo lo que se quiera. Pero sería disparatado el negar que Robbe-Grillet es estimulante como conversador; y, en tanto que autor que se ha impuesto a sí mismo la misión de aburrir, Robbe-Grillet es un triunfador. Digo esto sin ironía, aunque ustedes, malvados, no lo creen. Por último, insistiré de nuevo en esto: sería desvariado suponer a un Robbe-Grillet amainado por su anómala posición dentro de las constantes del mundo literario, un Robbe-Grillet a quien fuera posible asestar, como una bofetada, un golpe de misericordia; por el contrario, en Robbe-Grillet hay algo más que altanería: hay vitalidad, humor, relajación incluso. Que esa vitalidad adopte en sus libros los imposibles rostros de la geometría es ya otra cuestión. El no es que no parece infeliz, sino que parece feliz. Y además, he aquí un hecho: de un modo o de otro, suscita atención, discusión, movimiento. Incluso, como se ha visto, en esta crónica. Cosa que no me había propuesto al salir de Madrid, y si creéis que miento es que no tenéis salvación.

Dudo de que exista un solo escritor sobre la tierra que no haya dicho alguna vez que la existencia es un desgarramiento; ahora, al acabar la sesión de tarde, por un lado me incita la generosidad de este *Coloquio* (para los invitados hay prevista una cena suculenta en el comedor del hotel); por otro lado, mis ya antiguas amigas de un día quieren convidarme a cenar en plan pobre. Sacrifico a mi paladar, ya que uno de los pecados mortales se dice que es la gula. Cenamos en una cafetería, con amigos de mis amigas; un hermoso grupo de gentes que todavía, como yo, creen en prácticamente todo. Luego nos vamos a la casa de un joven poeta, Jean-Marc Gardère, a fatigar la noche. Al llegar, me dan una guitarra y maldigo el par de años que hace que no la toco. Además, esta guitarra tiene de acero las tres cuerdas altas, la plantilla muy reducida, el mástil con dos centímetros menos de ancho que las guitarras de flamenco, los puentes muy

altos, con lo que la digitación me resulta imposible. Añoro a mi guitarra *Mesalina,* y en vez de tocar con esa sietemesina que me han puesto en las manos, nos dedicamos a recitar poemas, ellos en francés, yo en castellano. Jean-Marc me somete a un interrogatorio desaforado, quiere saber mi opinión sobre todos los poetas que a él le conmueven, pero también sobre las fuentes de toda gran poesía: me pregunta, a bocajarro, y con un interés patético y urgente (que es pura y simplemente una lección de candor y de autenticidad), qué opino del amor, del matrimonio, de los celos, de la muerte, de la emoción, la angustia, la libertad, la vejez, el lenguaje, la fidelidad, el tiempo (¡ay, si yo lo supiera!), y así vamos sorbiendo una o dos horas pueriles y maravillosas, mientras tomamos café y vino y van sonando algunas músicas. Entre ellas, una formidable versión de la *Cuarta* de Malher, ya hacia las tres de la mañana. Hacia las cuatro me llevan en coche a mi hotel. Al llegar a mi habitación, me pregunto por qué no me he quedado la noche entera con ese grupo de seres inocentes. No tengo sueño y, entonces, como tantas otras noches parecidas a ésta, «converso con el hombre que siempre va conmigo»: es decir, leo a Antonio Machado. El es el hombre que siempre o casi siempre me acompaña en mis viajes, el que me ayuda a ordenar y disfrutar mis emociones en estas habitaciones de hotel cuando me encuentro súbitamente solo, súbitamente dueño de algo parecido a una lenta, profunda, emocionante alegría de saber que estoy vivo, que tengo seres que me aman, que tengo amigos que me llaman, que vivo en algunos corazones de las gentes del mundo. Entre la comida, el tabaco, el vino, la cerveza, algún líquido alcohólico innominado y la conversación, estoy tan excitado, que sólo hacia las siete de la mañana acude despacioso, cariñoso, mi sueño. Sonrío feliz al apagar la luz.

DOMINGO 5

En taxi y tarde y solo llego a la Facultad de Letras. Anne-Marie Paquotte está casi acabando la lectura de su ponencia. Anne-Marie no es aún ni profesora ni escritora profesional; es, como ya lo dije, una joven estudiante, que ahora conduce su intervención con nerviosismo controlado. Habla de la concepción de la mujer que desarrollan, o perpetran, los hábitos mentales del escritor hombre. Analiza el personaje femenino de *El Siglo de las Luces,* muestra cómo Sofía, al comprometerse con la revolución, lo hace desde los esquemas del autor, Carpentier, que concibe a Sofía únicamente como madre o

amante. Anne-Marie sostiene que también el descubrimiento del sexo por parte de Sofía está narrado desde la mente autocrática del autor. En el debate, en el que por supuesto se *contesta* al machismo, intervienen Almira, Robbe-Grillet... Anne-Marie muestra a un tiempo timidez y firmeza. Me parece excelente la idea de que el *Coloquio* dé la oportunidad de intervenir no sólo a profesores, profesionales, escritores en general y más o menos resabiados, sino también a los estudiantes en todos los debates y a uno de ellos en la mesa protagonista. No es sólo que esto le da a alguien que empieza a trabajar la ocasión de mostrar sus juicios, sino también, y fundamentalmente, la de tener que defenderlos ante o incluso contra sus propios profesores.

Gerardo Mario Goloboff cerrará estas sesiones y el *Coloquio* con su reflexión sobre el tema «Hispanoamérica en su literatura. Fenómenos de dependencia, resistencia y autonomía». Es un trabajo prieto y tenso, lleno de información, de serenidad y de piedad. Plantea la situación del desarrollo de una ideología crítica hispanoamericana que ha gozado de anuencia intercontinental a partir del *boom,* pero que tiene, desde luego, sus raíces prácticamente al principio de la Conquista (Goloboff cita frases de la segunda carta de Colón y testimonios de diversos cronistas de Indias). Prevé el riesgo de que esa ideología crítica se transforme en una imagen exótica de la tremendamente conflictiva y sometida Iberoamérica de hoy. Aproxima algunos datos y cifras estremecedores («sólo de enfermedades curables o simplemente de hambre desaparece un niño cada cincuenta y seis segundos, 1.500 por día, medio millón al año»), y cierra su ponencia con unas frases que deseo transcribir aquí: «Al apoderarnos de nuestro lenguaje, haciendo funcionar categorías que vienen de nuestras particulares hablas y aun de las de nuestros más remotos pueblos (trasladando ya no a la manera pintoresquista frases o palabras "nativas", sino sus particulares modos de producción y de transformación lingüística), y al apropiarnos de la cultura y la literatura universal sin renunciar a nada de lo que el pensamiento humano ha alcanzado en su desarrollo, elevamos la calidad del proceso de formación de nuestra cultura y nuestra literatura. Nuestra no ya entonces en una competencia inútil, sino como uno de los modos de indicar que en la lucha por la autonomía cultural conquistaremos un lugar original, pero no exótico, ya que nuestro sitio, lejos de estar en un rincón del mundo, sometido y cosificado, está, como el de cualquier otro pueblo, en toda la tierra.»

Por primera y única vez pido el micrófono y la ayuda del amigo Saad para que traduzca al francés unas palabras de solidaridad con

el contenido de la ponencia de Mario Goloboff. La discreción me impedirá reproducirlas con detalle. Sólo consignaré que en esa intervención, quizá un poco ceñuda (pero sospecho que había que equilibrar a esa especie de colonización que fue la discusión, a lo largo de las sesiones, en torno a las formas y los procedimientos en la literatura), cito esa cifra —una más entre tantas— que habla, a través de los niños que se mueren de hambre, sobre la múltiple y persistente infamia que padece la mayor parte de los pueblos del continente americano. Y quiero recordarlo aquí porque ello sirve para colocar en su sitio una frase, me temo que ingeniosa, de André Pieyre de Mandiargues. Sucedió así: al concluir esta última sesión del *Coloquio,* nos llevan a almorzar a un restaurante en pleno campo que mira al Pirineo. El día es bellísimo. La luz y el sol, artistas y nutricios. La comida, exquisita y desmesurada. Hacia el segundo o tercer postre, cuando ya seguir comiendo, más que un acto de nutrición e inclusive de cortesía, es un heroico gesto estético, Pieyre de Mandiargues, al ver venir un nuevo e inexorable alimento, despaciosamente pronuncia: «De este *Coloquio* quedarán dos grandes recuerdos: el de los niños que mueren de hambre en Latinoamérica cada cincuenta y seis segundos y el de los escritores franceses que morirán de haber comido demasiado.» Así sea, añadiría el cronista, como fin de esta crónica, si yo fuese un malvado. Y además, un desmemoriado, pues lo cierto es que yo también estaba reventando al acabar ese ceremonial almuerzo: la gula me impidió ser justo.

Duermo la siesta de la boa, y a la noche nos vamos Onetti, Estrázulas y yo a la casa de Saad, donde cenamos con los Goloboff. Onetti, como siempre, hace un aparte con los niños. Saad, Mario, Enrique y yo recapitulamos lo sucedido en estos días. Nos dedicamos libros, nos prometemos vernos pronto, hacemos vagos planes, sabiendo que luego es el destino quien decide, que quizá pasarán años antes de que nos reunamos de nuevo, y sabiendo también que esas demoras no le importan al corazón, que siempre nos estamos viendo: por carta, en nuestros libros, en la puntualidad y la fidelidad de la memoria. Al día siguiente, de mañana, Saad nos recoge en el hotel y nos transporta en su automóvil hasta San Sebastián. En el aeropuerto, al abrazar a Gabriel Saad, le digo que la organización de este *Coloquio* ha sido un hermoso trabajo, que así lo diré por escrito. Tras aterrizar en Madrid, el primer rostro familiar que encontramos es el de Dolly Onetti. «Aquí tienes a tu varón —le digo—; ha cuidado muy bien de mí. Cuando estés a solas con él, le dices que lo quiero.»—*FELIX GRANDE (Alenza, 8, 5.º C, MADRID-3).*